

EL MOSAICO.

Año I. Santiago, Noviembre 3 de 1860. Núm. 16.

EL MOSAICO.

SANTIAGO, NOVIEMBRE 3 DE 1860.

Opinion pública. — Moralidad administrativa.

«En política no puede considerarse la *opinion pública* sino como la espresion del sentido jeneral; así pues pervertida o ilustrada, las instituciones, los usos i las costumbres, los vicios o las virtudes que ella combata deberán ser derribados tan pronto como se formule en hecho, tan luego como pueda decir la minoría pensante de un pueblo, de quien es viva representacion: abajo lo existente! fuera lo que no me place o conviene!»

Ciertamente que esta sentenciosa doctrina, emitida por uno de los hombres mas honorables de la España de hoi, Alcalá Galiano, debería imprimir en los gobernantes que quieren dejar en pos de sí una huella honrosa las ideas de mejorar la condicion moral del pueblo, despertando con el ejemplo propio las virtudes que la forman i destierran a la larga las semillas del mal que acompañan siempre al nacimiento de las sociedades humanas.

Pero desgraciadamente la raza Española, a juzgar por el modo como se han constituido los pueblos que le deben su orijen, parece no haber contado jamas con la moral para basar sobre ella sus leyes i derechos i sujetar a una medida justa la conducta, por lo comun abusiva, de sus mandatarios.

Hijas las naciones Sud-Americanas de un pueblo que con su espada inculcó en el corazon de sus hijos el jérmén escaso de sus virtudes i el virus contagioso de sus vicios, no es estraño que tengan que lamentar un mal que puede decirse hereditario, i por lo mismo rebelde a los medios aconsejados por la ciencia para destruirlo. Nosotros que a la cabeza de las repúblicas hermanas hace tiempo que caminamos por el sendero de la felicidad, sin haber logrado hasta ahora entrar en ella, no podemos, con todo, hacer derivar nuestra mediana i pobre ventura ni de la sabiduría de nuestros gobiernos ni ménos de la educacion política de sus gobernados.

A los Estados de la América del Norte há- les cabido suerte mui diferente. Allí el hom-

bre a impulsos de las instituciones, resultado preciso del saber i las virtudes de los padres de su organizacion política, ha podido llegar al máximum de la terrestre felicidad, demostrando con su solo espectáculo grandioso que el hombre ha nacido, sea cual fuere su orijen, para el ejercicio pleno de todos sus derechos i la realizacion completa de todos sus mas bellos i preciosos instintos.

Las comparaciones que nuestra situacion actual presenta facilmente al que piensa en los destinos de la patria, son dolorosísimas, i mucho mas, cuando no se divisa ni en lejanía una luz que augure siquiera un dia no tan nebuloso ni tan triste. Las reflexiones pues que nos hacemos, oprimido el corazon por el desengaño i la amargura, son otras tantas acusaciones que pueden formularse victoriosamente contra el hombre de cuya elevacion esperó el partido que hoi lo combate, como tráfuga de las ideas que patrocinó i como infractor de la política elevada i moral que afectó profesar i poner en planta, la mejora gradual del pueblo que se confió a su custodia.

Los abusos inherentes a todo gobierno nuevo que a cada paso halla un obstáculo que vencer, una preocupacion que combatir, un instinto que despertar, un principio de justicia que hollar muchas veces para la consecucion de los derechos mas sagrados, creemos que mui bien podian haberse ido paulatinamente desterrando del sistema de mezquina política que nos gobierna, si los encargados de la direccion de los negocios públicos hubiesen sabido colocarse a la altura que les prescribia su misma posicion i les aconsejaba su propia conveniencia.

Durante los primeros años del ejercicio de sus derechos constitucionales, es fuerza casi que el pueblo vea i sufra que se tropieze contra él: que se le atropelle, si se quiere; pero cuando ha alcanzado la madurez necesaria parano inquietar a sus mandatarios con el uso de sus prerrogativas i la defensa de sus fueros, no consiente entonces que se le insulte i escarnezca i, acordándose de súbito de las fuerzas que asume, se revela i rompe al fin la cadena con que se quiere sujetarlo. La historia de todos los pueblos está diciendo a gritos lo que asentamos. ¿I cómo poner coto en ese caso al torrente popular que arrolla cuanto encuentra, que devora todo lo que to-

pa en su camino, arrastrando en su corriente muchas veces hasta las bases de la organizacion de la sociedad, hasta los elementos constitutivos de su vida? ¿Cómo? Los mandarines de la América española os lo dirán, así como os lo repetirán también los déspotas del viejo mundo. Rosas, Santa-Cruz, Ballivian, Santa-Ana, Flores, etc. Bolívar mismo, con todas sus glorias i laureles, os responderán que hai una época en la vida de las naciones en que deben brotar necesariamente los derechos, porque así solo es como puede concebirse la sociedad humana, para aplastar con su fuerza ponderosa i terrible a los que incautamente los conculcan. Hasta Napoleon I, creacion espantosa del mismo pueblo que lo abandonó a sus enemigos, ha debido confesaros que no es posible violar impunemente i por mucho tiempo la conciencia humana.

I si esa gigantesca personificacion de la grandeza i pujanza del pueblo mas ilustrado de la tierra, ni a favor de sus milagrosas victorias, ni con todo el incienso embriagador de su monstruosa fortuna, logró sujetar al cabo el sentimiento i la dignidad holladas ¿cómo es posible que tiranos pigmeos opriman i destrozén a su antojo un pueblo entero? La Italia tiene hoi su carnaval sangriento: Nápoles, sin recobrase aun de su dolorosa pesadumbre, arroja a puntapiés al nieto del execrable Fernando IV: Venecia, la antigua señora del Adriático, la viuda de los Duxes verá mañana sin duda morir para siempre en el espacio el graznido de los cuervos que la han devorado: la Rusia, la Turquía, los pueblos todos, en fin, en que el hombre es esclavo, la tiranía un derecho, i la conciencia el espejo donde se refleja solo la efígie altiva de los déspotas, se levantarán algun dia como lo hace hoi la gloriosa patria de César, como lo ha logrado con asombro del mundo el héroe pueblo que obedece a Garibaldi. La San Bartolomé de los reyes i de los tiranos no es tan quimérica como se piensa; i Sanson sepultándose entre los mismos escombros del templo que derribó para castigar a sus enemigos, tal vez no es inexacta imájen de las naciones que sacuden entre sus manos el solio carcomido de sus opresores.

El espectáculo odioso de las revoluciones, decia con voz tonante en la Cámara Francesa uno de los paladines mas elocuentes i poderosos del legitimismo, solo puede contenerse con una política basada en el buen sentido, con una conducta en que se respete la moral, sagrario que no consiente por mucho tiempo profanadores. Verdad es esta que debiera recordar a cada instante nuestro gobierno que ha visto ya conmoverse a la República desde Atacama hasta Magallanes, i no a impulsos del capricho o de las sugestiones de los malos, como dicen sus órganos mentirosos, sino pa-

ra hacer valederos sus derechos violados a cada momento por una insensata malevolencia, i defender de un ultraje cotidiano a los principios de justicia, de moral, de equidad, de pureza gubernativas, que deben ser la fuente de los actos de un gobierno que aspira al título de *bueno*, i la barrera ante la cual se estrellen los ruidos de las impetuosas multitudes.

La opinion pública ha debido, en consecuencia, malear, torcerse caprichosamente, no habiendo podido depurar sus juicios o mejor formarlos con las lecciones del ejemplo; i así ha sido i así será si cerrando el gobierno los oidos a los consejos desinteresados de los hombres probos que nada esperan de su favor, ni pretenden, ni tienen para que esplotar el bien de la República, se deja llevar como hasta aquí por la mano de los que cuentan con su falta de enerjía para dar pábulo a sus dañinas tendencias o cimentar sobre indignidades su ambicion rabiosa.

¿No ha pensado jamas el gobierno, preguntamos, en su verdadera situacion? ¿No ha desconfiado alguna vez del retrato que le hacen de ella los que están destinados para pintársela? ¿No ha visto que la falta de educacion moral que prometió desarrollar i proteger, i por la cual nada ha hecho, es la que le ha causado tantos sinsabores i a la República tantas lágrimas? ¿No ha pensado jamas tampoco que los poderes públicos que ha formado, no a voluntad de la nacion como era de su deber i su conveniencia, sino a empuje de un indecoroso favoritismo, puedan ser, como lo son, los instrumentos mas poderosos de su descrédito? ¿Se ha olvidado que la marcha de esta que llamamos *máquina social* no puede verificarse cuando los diferentes resortes que la componen se chocan entre sí hasta romperse naturalmente i por una fatalidad inevitable? ¿No sabe que debe sesgarse a veces en favor de la opinion pública, de la moral, de la conciencia de todos para no pasar por la pena de verse arrancar de las manos lo que se le pide en fuerza de un derecho i que no podrá impedir, al fin, que se le arrebaté? ¿No ha comprendido tampoco que los puestos elevados de la nacion solo deben confiarse a los que señala el juicio de la jente sensata para no prostituirlos i, por consiguiente, hacer de ellos un verdadero *pilori*, un perfecto sambenito? ¿No sabe que es preciso ser consecuente con los principios que se han patrocinado i prometido profesar, para no exitar el menosprecio de sus mismos amigos i envalentonar a los que siempre se manifestaron sus adversarios? ¿No ha meditado nunca en los hechos que nos ha regalado la experiencia para saber que en algunas ocasiones es indispensable adelantarse al deseo comun, al parecer de todos para la ejecucion de ciertos actos que, aunque pugnen con nuestro luci-

ferino amor propio, envuelven una causa noble, un principio jeneroso que no se puede burlar sin herir el corazon de todos? ¿Ignora por ventura, que el favoritismo i el comparazgo son el cáncer que roe nuestros gobiernos, haciendo de ellos, como podemos convencernos estendiendo la vista a nuestro pasado, el madero de la fábula? ¿Ignora lo que es el pueblo, lo que son sus tendencias, lo que son los bienes a que aspira, las ideas que lo elevan i amansan i los motivos que muchas veces lo empujan a lanzarse en la revuelta? ¿No conoce que en un gobierno como el nuestro, de parcialidades, siendo la que está encima la menos ilustrada i peor querida, es forzoso ahorrarse a la que está debajo un exceso de dolor para que no forceje por encaramarse sobre aquella? ¿No sabe que los delitos políticos arrecen en razon directa de la fuerza que se emplea para estirparlos? ¿Tambien desconoce lo que puede la jenerosidad, la blandura con los mismos que se dan por nuestros enemigos, aunque sean los mas tenaces e irreconciliables? ¿Ignora, en fin, que es preciso para ocupar un lugar siquiera decente en la historia de un pueblo que se ha gobernado, devolver con bienes reales i positivos los daños que se causó por una ambicion tenaz i desmesurada, o en otros términos, hacerse perdonar por la virtud el crimen de haber avasallado la voluntad, siempre respetable, de una nacion entera?

Hemos hecho estas mil preguntas al gobierno i haríamos otras tantas sin conseguir otra cosa que esto:

«Los Ministros todos que he formado a despecho del buen sentido nacional son solamente la espresion de mi capricho i de mis compromisos con la camarilla de que me he rodeado desde que escalé al poder i que me incita a seguir la política gastada de pandilla que ha prevalecido hasta hoi en la República.» «Por otra parte, ellos no son ni serán miéntras yo reine mas que unos verdaderos espantajos de que me valgo para sancionar aparentemente las prescripciones constitucionales que impiden que obre como monarca, por mi sola i santísima voluntad.»

«El cuerpo Lejislativo, que ha salido de mi bufete i no de las urnas electorales, como debería suceder si observase esa misma constitucion que aparento defender i respetar religiosamente, está en la obligacion imperiosa de constituirse en cámaras serviles, en lejisladores que prevariquen, que hagan de su conciencia un arbitrio para obtener mi favor, miéntras que yo de sus votos sin fé haré otros tantos instrumentos con que realizar mis antojos.»

«En este concepto, la conciencia de todos me importa una chilindrina i la opinion sensata del pais debe quedar a un lado delante del

parecer de mi círculo, del jesto de mis cortesanos, porque ni por mi carácter, ni por mis ideas, ni por mi esperiencia puedo creer en que la *opinion* haga ni deshaga gobiernos.»

Si esto se nos contestase, lo único que respondiéramos despues de lo dicho seria: que ojalá que así fuese para no tener que condolerse tan amenudo de la suerte de los que la burlan. Francisco II hasta hace un mes creía que Nápoles era suyo, i que el voto de la desventurada nacion a quien esquilmbaba i envilecia no era sino el grito de unos cuantos forajidos movidos por la ambicion i la miseria ¿Qué era Garibaldi ayer? Un condotiero osado, un aventurero digno de figurar en un romance, un nuevo Masaniello, cuyo efímero triunfo i cómicas glorias deberian parar mui pronto en el patíbulo levantado para los salteadores. I sin embargo ¿qué es hoi? La Italia! la Italia! la personificacion de la libertad que cada compatriota suyo lleva dentro del pecho: la imájen de los deseos nacionales, el retrato de esas multitudes terribles que logran a veces encarnar en un hombre todo lo que sienten lo que quieren i lo que esperan. Hasta el vicario mismo de Jesucristo tiene que encojer el sagrado manto con que cubre sus dominios i renunciar para siempre a la herencia legada por la princesa Matilde a su formidable antecesor, al terrible Hildebrando.

I despues de esto, i en vista de los sucesos que presenciamos en los pobres pueblos que obedecen a los Castillas, a los Belzus, a los Francos, etc., etc., ¿habrá algun hombre verdaderamente de estado que pueda ensoberberse con su pasajera fortuna, que pueda hacer alarde de un poder que tal vez esgrime en su insensatez como un loco el puñal con que debe destrozarse sus entrañas?

Dejando a un lado los hombres, que desgraciadamente son muchos a los cuales la *opinion* ha derribado como cañas endebles, debemos recordar aquellos hechos que tienen una influencia mas trascendente por que convertidos en principios, han tenido i tienen sus apóstoles, sus mártires i sus enemigos, i por lo mismo están destinados a que se les contemple como modelos.

¿No cayó la tortura i todo el bárbaro sistema criminal de la edad media con solo el empuje de la *opinion* que ilustrada por la razon universal descubrió al fin al hombre la verdadera fisiología de sus pasiones, el esqueleto de la organizacion de la sociedad, el modo, en una palabra, como podia morijerarse el corazon, sostenérsele en su debilidad i castigarlo al fin para hacerlo volver al buen sendero i dar vida por medio de sus mismos deseos i pasiones a la cadena que forman los eslabones de lo que se llama sociabilidad humana? Los usos, las costumbres, frutos corrompidas de la ignorancia, i la servidumbre ¿no

han desaparecido en todas partes al soplo benéfico i poderoso de la conciencia universal? ¿Las instituciones, en fin, fundadas en el atropello del derecho i la ignorancia del bien de la sociedad no han venido a tierra, como nos lo demuestra la historia de las naciones, hechas trizas, i las que todavía subsisten caerán mañana resueltas en pabesa?

Al desarrollo lógico de los hechos, no hai fuerza suficiente que pueda oponer la vanidad humana: el respeto al hombre, a su dignidad, a su esencia, es hoi la única pauta de conducta que pueden seguir los que quieran gobernar sin trastornos, sin obstáculos insuperables, sin regar de sangre la tierra de sus hermanos.

El modo de hacer frente al descontento, de ahogar en su cuna los rencores de las susceptibles muchedumbres, de calmar los ánimos agitados por el temor i la desconfianza, de curar las heridas hechas en el corazón de la patria, es i no puede ser otro que respetar la *opinión pública*, la *moralidad política*.

Sin estas ideas no hai gobierno posible, sino interinatos de autoridades efímeras, solo sostenidas a fuerza de corrupcion i de martirio, cuyos bienes no son ni pueden ser otros que acumular combustibles para el incendio futuro.

Lecciones elocuentes, profundas puede tomar el gobierno en el pasado. Mas por si no tiene fresca la memoria i los hechos que ha presenciado han sido tan fugaces como las sombras que no le han dejado una impresion eterna, le recordaremos que Petorca, Longomilla, los Loros, Cerro-Grande, etc., etc., etc., etc., son la causa precisa, fatal de los dos elementos que hemos mencionado como necesarios para la existencia de todo gobierno, i con los que hasta ahora no ha contado siquiera por pura apariencia.

Estos dos agentes tan fáciles de poner al servicio de la propia conveniencia, valdrian mas seguramente que no la *lei de responsabilidad civil* i las *facultades extraordinarias*, a que se ha querido apelar como a remedios heróicos para el mal de las revoluciones. Las revoluciones, es forzoso desengañarse, no vienen siempre de abajo: ellas jeneralmente son el rayo que lanzan las nubes formadas en el cielo del poder a fuerza de las lágrimas del pueblo; las revoluciones no son de los gobernados, son de los gobiernos: i sin embargo aquellos pagan jeneralmente las culpas de éstos, como si la justicia exijiera para el desagravio de la inocencia su doloroso martirio.

Quando se habla del bien producido por las revoluciones que se llaman sociales, quando se ponderan sus beneficios sobre la sociedad humana, debería tenerse presente que el elojio que se hace de estas plagas, a que los gobiernos condenan casi siempre a las po-

bres naciones, debería mejor cambiarse en quejas al pensar que para ser feliz es fuerza, como creen los que abogan por ellas, pasar por ese suicidio atroz de los pueblos, que la humanidad mañana condenará como innecesario e imperdonable. Esto sentado, no hai para que asegurar que amamos la paz, sino solo pedir que por el amor mismo que a ella tenemos, como que es la fuente del bienestar de la patria, el gobierno arregle su conducta a la manera segura de conservarla i no como sucede siguiendo una vía que puede mui bien conducirle al abismo.

M. BLANCO CUARTIN.

Un cuento de cuaresma.

(Conclusion.)

II.

Qué delicioso es amar
Si hallamos correspondencia,
Se desliza la existencia
De delicias en un mar.

Miramos pasar la vida
Sin pensar en que hai dolores,
Ni que siempre hai en las flores
Alguna espina escondida.

I vamos no mas i vamos
Guiados por la fantasía,
I de placer i alegría
Bellos cuadros dibujamos.

Así Marcial i Maria
En brazos de la ilusion,
De su acendrada pasion
Beben la dulce ambrosia.

Que aunque el padre de la bella
La ha negado al tierno amante,
No han creído un solo instante
Que esto eclipsaba su estrella.

Pues que la amiga esperanza
Su cáliz vertió en sus pechos,
I en amarse mas estrechos
Cada cual con ella avanza.

—Bien pronto consentirá
Si ahora no ha consentido,
Que aun hablarle no he podido
I a mí no se negará.

Le pintaré cuanto te amo
I tu vehemente pasion,
I que nuestra pronta union
De su cariño reclamo.

Que a otro hombre jamas tendré
El amor que por tí siento,
I que te hice un juramento
Al que nunca faltaré.

Mañana talvez el día
De nuestra eterna ventura
Lucirá, me lo asegura
Una secreta alegría.

—Yo no, Maria, en el alma
No sé que tristeza siento;

Me agobia un presentimiento
Que me arrebatara la calma.

Pero tu voz al oír
Se arranca mi pena ruda,
I mi alma casi no duda
De un hermoso porvenir.

Que eres mía me parece
Por la santa bendición,
I con tan grata ilusión
Dichosa el alma se mece.

—Cree, Marcial, a tu María.
—Tan solo confío en ella,
Por que es la fulgente estrella
Que sobre el mundo me guía.

A lo largo de la calle
En esto se apercibió,
Ruido de jente que evita
Al parecer el rumor.

Ambos amantes tuvieron
Que darse con precisión
La despedida, clamando
A un mismo tiempo los dos:

—Amor mio, hasta mañana,
I el tierno galán partió.

Pero apenas ocho pasos
Dado habría o tal vez nó,

Porque la hermosa María
Aun no cerraba el balcón,

Cuando por seis disfrazados
Acometido se vió.

Asegúranle los brazos,
I ahogándole uno la voz:

—¿Qué hacías allí, le dijo,
Miserable seductor?

Recibirás por tu crimen
Una severa lección;

I arrástranlo a su pesar
Huyendo a paso veloz.

—¡Que le asesinan! ¡socorro!
Por él María gritó,

I precipitarse quiso
En su primera intencion.

A lo largo de la calle
El eco murmurador,

Respondióle solamente
Como un moribundo adiós.

—¡Cruelles, van a asesinarle!
Desfalleciente agregó.

¡Ai, del pecho a mí también
Arránquenme el corazón,

I una misma sepultura
Sea el lecho de los dos!

Y doblóse desmayada
Transida por el dolor,

I ya en la desierta calle
Hondo silencio reinó.

Allá cuando el alborada
Bañaba la creación

Con su reflejo de rosa,
De su desmayo volvió

María, como quien sale
De un sueño desgarrador.

—Marcial... le han asesinado...
Cual delirando exclamó:
No es de negra pesadilla
La matadora ilusión,
I descolorida, pálida,
Las celosias cerró,
I precipitóse al lecho
Con cruel desesperación.

A los diez días después
De la vecina parroquia,
A difuntos las campanas
En compás solemne tocan.
Abajo del presbiterio
En lúgubre triste pompa,
Con enlutados ciriales
Se eleva una plataforma.
Es el cuerpo de María
Que allí en cadáver reposa
Pero su alma virjinal
Sin duda en el cielo mora.
¡Pobre joven! adoraba
Cual pecho inocente adora
I al creer a su amante muerto,
Vivir, le fué carga odiosa.
Así en la enramada umbria
Espira la amante tórtola
Cuando a su consorte fiel
O lo matan o le roban.

III.

Allá al fin de muchos años
En una apartada alcoba
Un viejo ya moribundo
Con un sacerdote a solas,
Hacia esta confesion
Con voz apagada i ronca:
—Mil veces he ofendido
AL DIOS DE MISERICORDIAS,
Pero una tremenda culpa
Tan horrible como sola,
Creo de que su piedad
Acaso no me perdona.
Esta es, padre, la que mas
En este instante me agobia
I que cruel a mi alma ofusca
Que casi sin fé se dobla.
—Tenga fé, hermano, que Dios
Siempre con bondad perdona
Los crímenes mas horrendos,
—Tenia una hija hermosa
Años há i en quien cifraba
Toda mi esperanza i gloria.
Pensaba ya en enlazarla
A un joven de poderosa
Familia como la mia
En dinero como en honra.
Cuando el día concertado
Se acercaba de la boda
Llegó un galán a pedirme
A María por esposa;
Pero conseguí saber
Que aunque era de sangre goda,
En la pobreza sumido
Su prez perdiera i su gloria.
Mas era de su pasión
La llama tan poderosa,
Que persuadible no pude
Su amor dedicase a otra,
I que así le prometia
Dinero darle de sobra,
Con que asegurar pudiese
Larga suerte venturosa.
Pero rehusólo todo
Su pasión ardiente i loca,
I tanta tenacidad
Al fin encendió mi cólera.
Castigarle, pues, juré
I de esclavos con mi escolta...
Aquí la voz del anciano
Apagóse temblorosa
I cerráronse sus ojos
Con moribunda modorra,
I de sudor por su frente
Rodaron heladas gotas.
—Siga, hermano, confesando

Lo que alcance de esa historia.
 —Nó, dijo el viejo ¿no veis
 Como entre los dos me acosan,
 Me despedazan el pecho
 I el aliento me sofocan?
 ¡Oh, dejádmelo, prosiguió,
 Séquito horrible de sombras
 Que si cometí ese crimen
 Lo he llorado largas horas!
 I como en lucha terrible
 Aunque la muerte lo agobia
 Los miembros se le crisparon
 En convulsion espantosa,
 De pronto con sordo ruido
 Estremeciósese la alcoba
 I escuchósese al propio tiempo
 Rumor de muchas personas,
 I como si disputasen
 Voces i algazara sorda.
 La pieza en tanto cubriase
 De densa neblina roja
 Sintióndose cada vez
 Mas nauseabunda i hedionda.
 Ya no pudo el sacerdote
 Allí continuar a solas
 I de horror sobrecojido
 Al moribundo abandona.
 Entónces ya la algazara
 Rompió mas estrepitosa
 I estas tremendas palabras
 Resonaron en la alcoba:
 «¡De Dios ante la justicia
 Ninguno al malvado abonab»

Fama es que cuando volvieron
 A la alcoba del anciano,
 Las ropas hechas jirones
 En el lecho solo hallaron;
 I con tal hedor a azufre
 I negros tiznes, que cuantos
 Penetraron a la pieza
 De terror se santiguaron.
 Unos salieron diciendo
 Que el viejo tenia pacto
 Con el demonio, i por eso
 Fué siempre un acaudalado,
 Sin que fuesen sus riquezas
 El fruto de su trabajo.
 Otro decia:—esos bienes
 Eran bienes usurpados
 I como no confesólo
 Se lo llevó en cuerpo el diablo.
 El fraile fué solamente
 Quien la verdad vió mas claro;
 I en un sermon que escribió
 Sobre los padres tiránicos
 Que especulan con sus hijos
 Como con viles esclavos,
 Con letras mas que lejíbles
 Hacia mencion del caso.
 Mas hoi yo sé mas que el fraile
 Pues hace poco he hallado
 De puño i letra del viejo
 En un roido legajo,
 Toda la historia completa
 Tal cual, lector, te la narro.

RAFAEL SANTOS.

El manuscrito de un loco.

LEYENDA.

(Continuacion.)

X.

Lucila quedó inmóvil.

Yo me moví del asiento i maquinalmente avancé hacia la puerta.

Tenia la cabeza trastornada por lo que habia visto i oido. Estaba como un idiota.

El esposo de Lucila entró al aposento.

—Qué significa, Lucila, estos hombres aquí? preguntó.

—No culpeis a esa señora, caballero, se anticipó a decir el jefe de policía, hemos venido a cumplir la mision que se nos ha confiado.

—No os comprendo.

—Leed!

—Una órden para que se me prenda! En verdad, en verdad, caballero, que el que firmó estaba loco o soñando.

—I sin embargo no dejareis de comprender que debo cumplirla.

—Concluyamos.

—Al momento si gustais, marchemos.

—No os seguiré, tengo plena conviccion de que no he cometido ningun crimen.

—Sin embargo.....

—Os digo por la última vez que no saldré!

—No nos obligueis caballero a conducirnos por la fuerza.

—No me intimidan dos hombres, podeis partir de este principio.

—Caballero, dije yo, habeis contado mal, yo no pertenezco a la policía.

El esposo de Lucila mudó de color, me miró un momento i dió una fuerte carcajada.

El de policía me miró a la cara, admirado de la repentina transicion de aquel desgraciado.

—Es verdad, no perteneceis a la policía, dijo despues. Me habeis iluminado, comprendo el objeto de esa órden. Lucila, añadió dirijiéndose a esta, dad a este caballero las gracias a mi nombre porque emanadas de vuestros lábios le serán mas agradables. Vamos caballero.

I salieron.

No me fué posible hablar una palabra de pronto, ni aun moverme del lugar que ocupaba, hubiera jurado que mis pies habian echado raices en la tierra.

Lucila no habia mudado de posicion, con la cabeza inclinada, la frente apoyada en una mano, i reclinada contra la muralla habia presenciado esta rápida escena.

Cuando volví en mí, me dirijí donde estaba ella.

—Aun estais aquí? me dijo completamente tranquila al parecer; aunque era evidente que era presa de un gran sentimiento interno.

No pude responderla.

—Comprendo vuestro plan, Julian, habeis querido hacerme feliz, i no habeis conseguido otra cosa que darme la muerte, os lo agradezco; con la muerte solamente puedo ser feliz. Estoy como veis serena, porque mi conciencia está tranquila; acuérdate de mí, Julian, i si en algun tiempo veis a mi madre, decidle que en la víspera de mi muerte me acordaba aun de ella, mas no le hagais relacion de mis desgracias.....Ahora, dejadme sola, necesito reposo, siento la cabeza pesada.....dejadme sola, amigo mio.

Me tomó suavemente de una mano i me condujo a la puerta, que cerró inmediatamente.

En ese momento ví pasar, con asombrosa rapidez, ante mis ojos, mil luces que se sucedian unas a otras, i caí cuan largo era.

XI.

Al siguiente día me encontré en una habitación enteramente desconocida.

Me pareció despertar de uno de aquellos sueños fantásticos de Hoffman.

Sin embargo cierta pesadez en la cabeza, i dolores en los músculos del cuerpo me indicaban que no despertaba de un simple sueño.

Traté de coordinar mis ideas i me fué inútil.

Conservaba, vagos recuerdos de escenas terribles que cruzaban por mi cerebro como esos cuadros fantasmagóricos que entretienen a los niños.

Una sed devoradora me abrasaba.

A un movimiento que hice en el lecho donde recordára, se me acercó una mujer.

—Quereis algo, me preguntó.

Yo la miré espantado, tampoco conocia a esta persona.

—El médico ha dicho que no es mayor cosa la enfermedad.

—Mi enfermedad, murmuré, con qué he estado enfermo?

—Sí señor.

—Ah! con qué no ha sido un sueño.....

—Nó, señor, simplemente un aire malo, así lo ha dicho el médico.

Nada comprendo de lo que me sucede, murmuré con amargura. Dios mio! Dios mio!....

—Yo os lo diré; anoche temprano aun, se os ha encontrado a la calle sin conocimiento alguno; se creyó un principio que estabais muerto, mas despues de un prolijo exámen, se vió que era un simple desmayo.....

—En seguida!....

—Se os trasportó a este aposento donde habeis pasado la noche.....

El discurso de esa buena mujer iluminó mis potencias entorpecidas.

—Ah! grité saltando de la cama, i Lucila? Díme, buena mujer, ha muerto Lucila?....

La mujer retrocedió espantada.

—Tú sabes qué es de ella, no es verdad?...

—Está loco, murmuró, será preciso volver a llamar al médico.

—Nó, no estoi loco grité, es que ya estoi bueno. Ah! pero es preciso que yo sepa de ella..... que yo la vea!....necesito pedirla perdon ántes que muera.....Ah! Lucila! Lucila!

Las lágrimas se agolparon a mis ojos!

Lágrimas de fuego, lágrimas de desesperacion!

—Volveos al lecho, señor, creedme, estais malo, os ha vuelto la calentura.....toda la noche habeis tenido delirio.

—Delirio! Sí; mi existencia es un delirio....Oh! yo la sabré encontrar!

I me precipité a la calle.

Mi traje estaba en desórden como mi mente.

A pocos pasos de allí estaba la habitacion de ella.

Abrí la puerta de un feroz esfuerzo i saltó léjos la cerradura.

—Nada!....No está! grité en el colmo de mi desaliento.

I caí de rodillas comprimiendo mis facciones con todas las fuerzas de mis manos.

En seguida recorrí el pequeño aposento.

El lecho estaba intacto. No habia dormido en él Lucila. Habia velado esa noche terrible.

XII.

A poco entró Lucila azorada.

Me levanté del taburete donde me habia arrojado.

—Perdon! Perdon, Lucila! grité precipitándome a sus piés.

Me miró con espanto i sus ojos se cubrieron de lágrimas.

—Alzad, Julian, dijo.

Ah! Con qué es verdad que me perdonas?

—No me habeis ofendido, Julian. No sé de qué debo perdonaros. Acabo de saber de mi esposo, está en una casa de locos, cuidad de él pues sois el único amigo que le resta.....yo..... yo pronto dejaré de existir.....

—Con qué quieres matarte.....Oh! yo no lo permitiré. Yo no quiero que mueras Lucila!

—No temais amigo mio, la pesada existencia que he arrastrado se me hace insoportable.....i es preciso que concluya.....moriré tranquila.

—Nó, no morirás, es preciso que vivas, tu esposo saldrá hoi mismo.....pero júrame.....

A este tiempo entró la mujer que me habia recojido i un hombre.

—Aquí está, dijo.

—Ah! caballero, grité yo, Lucila va a morir....

—No veis como está loco, dijo la mujer al hombre, que os decia?

—Con efecto.

Lucila habia sacado del seno, un pomo que contenia veneno. Cosa que yo habia sospechado desde la noche anterior.

—Ah! salvadla, grité frenético, se ha envenenado!

—Es inútil, murmuró Lucila.

Me precipité hacia ella.....

Las piernas me faltaron i caí abrazando sus rodillas. Contemplé con estúpido embelezó i sin sentir ninguna sensacion el rostro de Lucila en que se iba pintando la muerte.

Por fin, sus ojos se cerraron lentamente, inclinó pesada la cabeza, su mano helada soltó el pomo i dió el último aliento.

Un grito el mas espantoso se exhaló de mi pecho i eché a correr.

XIII.

Este estrecho i miserable aposento me es enteramente desconocido, sus murallas de piedras confirman mis sospechas.

Es una verdadera cárcel.

Hoi he despertado con mi traje hecho jirones en este duro lecho.....

Nada comprendo. Solo tengo un vago recuerdo de mi existencia pasada, como esas nubes vaporosas de la mañana que desaparecen con los primeros rayos del sol.

—Ah! Ja! Ja! Ja! no recordaba que estoi loco, a lo ménos así me lo dice el que me trae el miserable almuerzo.

—Loco!!

Pero no perdamos tiempo, quiero que los hombres sepan la historia de un loco.

Daremos fin al manuscrito.

Pero hai tanpoco aire en esta prision; acerquemonos a la puerta.....

Dios Eterno! él!....él!...

El esposo de Lucila en una jaula tambien loco!

Ja! ja! ja!....

Todo el mundo está loco!!!....

TERCERA PARTE.

RESURRECCION.

I.

Así como las flores arrancadas de sus tallos, renacen por un momento en un vaso de agua, así debia yo renacer por un momento tambien, fuera de mi prision, para en seguida morir aniquilado de alma i cuerpo.

Puedo decir que mi juventud ha durado el espacio que vive una rosa que adorna la cabellera de una mujer.

Así como hai seres predestinados por la fortuna, los hai tambien por la fatalidad.

Yo soi uno de estos.

Mi razon se estravía cuando traigo a la memoria los felices dias de mi existencia, dias ¡ai! que por una série no interrumpida de desgracias, me parecen mas hermosos cuanto mas tristes son los de ahora.

La desgracia torna ecépticos a los hombres.
Continúo.

II.

Hoi hace un año que estoi en esta casa de locos. I hoi por la primera vez, durante este tiempo, me he mirado en un espejo.

Gran Dios! cuán cambiado estoi, yo mismo no me conozco!

Una espesa barba cubre la mitad de mi rostro, cualquiera me podria tomar por un hermitaño.

La tez lívida, descarnadas mis facciones, i los ojos hundidos en sus órbitas amoratadas.

Ah! mi pelo está blanco.....blanco..... he encanecido!....

El espejo cayó de mis manos i se rompió en las baldosas del calabozo.

Habia encanecido i apenas contaba veinte i ocho años!....

Es que hai corazones niños que son viejos!...

I corazones viejos que son niños.

Hai corazones desgarrados que laten de pesar.

I hai corazones vírgenes que laten de placer.

Esto pensaba cuando entró el médico a mi calabozo.

—Os sentis mejor? me preguntó sin saludarme.

—Creo que sí, doctor.

—Soi de esa opinion, repuso el médico, por que vuestra enfermedad solo ha sido uno de esos alucinamientos a que suelen estar espuestos los individuos de organizaciones sensibles.

—Alucinamiento, doctor? le pregunté con tono sarcástico.

—Sí: pero ya estáis fuera de peligro.

—I creéis por ventura que es un simple alucinamiento? Ah! doctor, veo que no estais a suficiente altura para comprender lo que pasa aquí, en mi corazon, por que el vuestro está frio i helado como los cadáveres que destrozais. Vos curais las enfermedades del cuerpo, mas no las del alma. Comprenderéis los dolores que sufre un individuo a quien se le amputa un miembro, pero no sabreis lo que siente un corazon jóven, lleno de vida i porvenir cuando se le arranca su única esperanza, su único amor! Vosotros los médicos, de la poesía haceis prosa, i a fuerza de querer com-

prender una cosa habeis terminado por ignorarla. Dispensadme, es el alucinamiento que me hace hablar.

El médico habia escuchado mis palabras con esa sonrisa de desprecio peculiar a las personas que se creen superiores, i solo me respondió:

—Os he dicho que estáis bueno i que podeis salir ahora mismo.

—Salir! I adonde quereis que vaya? Si pongo un pié fuera de este recinto, es lo mismo que si lo pusiera fuera del sepulcro.

—Sin embargo no podeis permanecer mas tiempo.

—Sea en hora buena, saldré. Principiaré a vivir de nuevo, i al poner mi planta en el mundo de los vivos les llevo ventaja. Por ventura no es ventaja no tener corazon? Me asemejaré a esas barcas sin timon que desafian al proceloso mar.

Siempre he creído que el pensamiento i el corazon, son nuestras mas terribles cadenas, cuyos eslabones se encarnan cada vez mas a medida que nos desarrollamos.

Ah! si se pudiera matar al pensamiento!....

Ese dia me trajeron un vestido nuevo, una cartera con todos los papeles que aseguraban mi fortuna i me dispuse a salir de ese asilo que llamo tumba i que no sé si sea útil o perjudicial a la sociedad.

III.

Antes de abandonar el triste calabozo donde quedaban sepultados mis recuerdos, lo recorrí lijamente.

Abandonaba la cama con correas donde aseguraban mis miembros cuando aun estaba alucinado, como decia el doctor; una mesa que no podia cambiar de lugar, porque estaba embutida en las baldosas, i donde escribia; una silla, la puerta siempre cerrada i el ventanillo con gruesas barras de hierro por donde solia ver al esposo de Lucila.

Qué será de este desgraciado?

Habrá muerto como ella?

Seis meses mas o ménos ha que he visto su jaula vacía.

Al hablar de estas dos personas que siempre he encontrado en el camino durante mi peregrinacion por el mundo de los vivos, mi corazon permanece tranquilo.

Es que soi otro hombre.

No siento alegría ni pesar, ni remordimiento, ni dolor.

Ahora puedo salir.

I sali.

MANUEL CONCHA.

Continuará.

Al Duende del Mosaico.

EPÍSTOLA

El hábito no hace al monje.

Frai Jerundio.

Ya que tuviste la oportuna idea

De acordarte de un triste provinciano

Sin hacer asco a su inferior ralea;

Dispensarás tambien que intente ufano

Encarmarme contigo, ilustre Duende,

Aunque me juzgues loco i casquivano.

En nada mi osadia a tí te ofende:
Tu seguirás en tu brillante estela,
I yo en mi oscuridad: ya eso se entiende.

Tu crónica injeniosa bien revela
El númen con que el cielo te ha dotado,
I cuan radioso en los espacios vuela.

¡Ai infeliz del que nació cuitado!
Siempre será un ludibrio de la suerte,
Bien se vista de blanco o de rosado.

Por mas que se engalane esteriormente;
Las llagas que corroen su existencia
Se traslucen de a legua fácilmente.

I al juzgar por tan futil apariencia,
I al envidiar un próspero destino
Ha quedado en defecto tu omniciencia.

I en verdad, caro Duende, yo no atino
¿Cómo es que en ese cambio de colores
No has visto revelarse un fatal sino?

Me crees en la estacion de los amores
Porqué vestí colores rosagantes;
Mas bajo ese disfraz ¡cuántos dolores!

¡Cuántas penas amargas i punzantes!
¡Cuánta miseria, en fin, cuánta indijencia
Que no han visto tus o os penetrantes!

Asi hai frutas que ostentan su presencia
(I otros seres tambien que ya adivinas)
Con seductora gala i apariencia,

I si despacio tú las examinas,
Una substancia encuentras inodora,
O hallas de corrupcion unas sentinas.

Mas no estoi para símiles ahora,
I seria, además, mui indiscreto
Tenerte de planton una media hora.

Pues adelante: vamos al objeto
Porqué me tienes con la pluma en mano
En pos de consonantes. ¡Duro aprieto!

Quiero confiarme a tí como a un hermano;
Te contaré mis cuitas una a una
I juzgarás si me lamento en vano.

Apenas yo nací, desde la cuna
Reunidas contra mi se coaligaron
La injusticia, la envidia i la fortuna.

Mis mas próximos deudos me negaron;
Mis paisanos me hicieron cruda guerra
I hasta el aire i el fuego me privaron.

¡Cuán profunda verdad es la que encierra
Aquel antiguo adajio castellano,
Que ninguno es profeta en propia tierra!

De los males que me hizo el odio insano
Si me propongo enumerar la cuenta,
Seria empeño fastidioso i vano.

Te diré solo un hecho entre cincuenta,

¿Creeras que me arrastraron al palenque
Porque de adobes anuncié una venta?

Así crecí raquítico i enclenque,
I así estoi actualmente, aunque ya adulto,
Viviendo, como dicen, de moquenque.

Dispensa este vocablo poco culto;
La lei del consonante me ha obligado
A hacerle al buen estilo tal insulto.

I en este ingrato oficio que he adoptado
No es por cierto el menor de los contrastes
El marchar a la regla encadenado.

No estampar las ideas, sin que ántes
La censura fulmine su anatema
A las frases que juzgue mal sonantes.

Baste de digresion: vamos al tema,
El asunto no exige tanta bulla
Pues quizás tu paciencia no es extrema;

I ya estarás deseando que concluya,
Para ocupar tu rica fantasía
I cantarme un responso o aleluya.

No durará ya mucho mi porfia,
Las fatigas me tienen estenuado
I mis apuros crecen cada dia.

Me veo de enemigos circundado,
I lo que aumenta el colmo a mi desgracia,
De todos mis cofrades despreciado.

Unos, si me saludan me hacen gracia,
Otros aun de mirarme se sonrojan
Pues creerian ajar su aristocracia.

Todos a un lado con desden me arrojan,
I cuando yo me acerco a sus umbrales
Me estrujan, me aniquilan, me deshojan.

¿Hai males comparables a mis males?
Te asombras ¿no es verdad? Para que creas,
Voi a darte otras pruebas mas fatales.

Ese mismo Mosaico en que campeas,
Sin mirarme me arroja, o me destina
Para envolver las cajas de jaleas.

¡El cruel! ¿No ha comprendido, no adivina;
Que ese frio desden con que me trata
Es el golpe fatal que me asesina?

Su conducta conmigo ha sido ingrata,
Pues le tengo afectuosa simpatía
I en pago me desdeña i me maltrata.

Yo pregono sus timbres cada dia,
Le busco i solicito camaradas,
I hago por él lo que por mí no haría.

Yo reproduzco siempre sus charadas,
I me devano sesos i mollera
Decifrando las mas enmarañadas;

I el ingrato no ha visto tan siquiera
Mis soluciones, o si las ha visto,
Ha procedido cual si no las viera.

A tamaño desprecio no resisto;
Podré sufrir la desnudez i el hambre;
Pero no tal injuria ¡vive cristol!

Mejor quiero morir de un calambre,
Que recibir desaire tan marcado,
I ceder al gobierno como alambre....

Francamente contigo me he explicado;
Así espero que seas indulgente
I honres con tu amistad a un desgraciado:

Tal es el novio que forjó tu mente
En un raptó de númen temerario;
I ese vestido claro i transparente,

Que a tí te pareció traje nupciario,
(O lo dijiste así, tal vez, por zumba)
Puede que sea el funeral sudario
Que cubra mis despojos en la tumba.

EL PORVENIR DE ILLAPEL.

Al Porvenir de Illapel.

CONTESTACION.

Sin haber delineado ni en mi mente
Solo un terceto, tomo pluma en mano
Con firme puño i ánimo valiente

Para contar mis cuitas a un hermano,
(Tal se me dice el «Porvenir» amigo
Con fé sincera i sin orgullo vano).

Pero ya tal vez quiso por castigo
Imponerse de pena la franqueza,
I usar verdades a placer conmigo.

El caso a primera vista es lijereza,
O mas bien vanidad de ser mui franco
Hablando de su yo con entereza.

Mas sea lo que fuere, no me atranco
Yo tampoco en pelillos, ni quisiera
Con razones salir de pié de banco

Hora que quiero con verdad sincera
A mi turno charlar de mi persona
Cual si de ajeno personal dijera.

Pues bien! si la desdicha una corona
Merece de los buenos, tal la quiero,
Que así mi mal mi pretension abona.

I a fin de que no juzgues de lijero,
Voi a darte una prueba soberana
De que soi en desdichas el primero.

Sí, señor, esta suerte tan tirana
Que arrastro a mi pesar tan lentamente
Hirió mi vida en su feliz mañana.

Desde temprano, digo, el inclemente
Destino que gobierna el universo
Hincó en mi pecho el ponzoñoso diente.

I aunque este castellano es poco terso,
I mui poco española esta salida,
I mui poco poético este verso;

Es la verdad pues siento carcomida
Ya mi existencia, como seco arbusto
Por la traidora larva a quien anida.

A la confianza ha reemplazado el susto,
El negro desengaño a la esperanza,
I el cruel martirio al delicado gusto.

¿Qué es esto, me dirás? Mas sin tardanza
Te sacaré gustoso de la duda
Haciendo de mis males una danza.

Formóme el cielo pues con mano ruda,
Pues no bien a la tierra hube salido
Negóme airado todo bien i ayuda.

A tres años ya estaba combatido
Por mil enfermedades, de manera
Que de males un saco soi cumplido.

El agudo dolor (i no es quimera)
Fué causa, como puedes conocerlo,
Que mi alma anticipada padeciera;

I como es fácil, creo, comprenderlo,
Principiara a sentir ¡oh qué castigo!
Las penas del amante sin saberlo.

Desde entonces acá siempre conmigo
Llevo la dulce imájen de mi amada
I a donde quiera sus reflejos sigo.

Si encuentro alguna copia afortunada,
A ella me ajusto i la persigo ciego,
Tomándola por ángel o por hada.

I en premio a tanto amor, a tanto fuego
Me sale al fin mi idolatrada ingrata
Con no redondó a mi abrasado ruego.

Amanté desdeñado me maltrata,
Me desprecia sin miedo la coqueta,
I no contenta a su placer me mata.

Ya ves tú que mi suerte es bien completa,
Amador sin amada i sin consuelo.
I ademas sin tener una peseta.

¡Oh mi suerte es sabroso caramelo,
I tanto que de dulce me empalaga
I por ella le doi gracias al cielo.

A fuerza de sufrir ¿qué quieres que haga?
Me he entregado al estudio noche i dia
I mi pobre cerebro es quien lo paga.

La historia, la novela, la poesía,
Artes, ciencias, de todo echo al coletó
I es mi cabeza ya una algarabía.

Estoi de estudio, amigo, ya repleto
Sudando erudicion copiosamente;
Mas si quiero ir al teatro no hai boleto.

Si quiero entretener en algo el diente,
El bolsilo me anuncia su vacío
I en vez de Marrasquino hallo aguardiente.

Pero, con todo, en su rigor impló
La suerte dióme corazon de roble
I un jenio alegre con que siempre río.

Mi corazon como mi sangre es noble,
Sin modestia lo digo i mui tranquilo,
Así no habrá gobierno que me doble.

Escribo pliegos ¿Lo creerás? de un hilo
Contra todo bribon con quien tropiezo,
I es ya mi pluma de acerado filo.

Si me sale al camino algun camuezo,
Lo ensarto como mosca sobre el muro
O le tuerzo rabioso del pescuezo.

Como ves, casco siempre, siempre duro
Al tirano, al ingrato i al falsario,
Al robador de la inocencia impuro;

I hecho ya un adalid i temerario
Me he dado a liberal ¡desdicha fiera!
I tornado mi vida en un calvario.

Mis amigos, mi causa, cuanto hubiera
Todo robóme mi fatal fortuna,
Todo rompióme en su venganza fiera.

Estoi, como se dice, hoi a la luna,
Escribiendo eso así como el Tostado
I sin propina, lo que es peor, ninguna.

Mas no me desazona tal estado,
Pues quiero a mis amigos en extremo
I soi de alguno de ellos bien amado.

Como ves, por servirlos nada temo,
He entrado solo en la feroz pelea
I solo ajito de la barca el remo.

¿I de tanto sufrir no habrá preséa?
¿I por tanto trabajo premio alguno?
Lo dudo a la verdad; mas que así sea.

Que así sea, repito, el importuno
Sino fatal que mi existencia guia
Mientras vive feliz tanto Sambruno.

Mientras rueda la torpe tiranía,
Mientras el pueblo en su penar agudo
La mano besa del sayon, impía

I aguanta humilde como buen cornudo.
Dios lo ha dispuesto así: con la paciencia
Pongamos todos al torrente escudo.

Es verdad que es horrible indiferencia
La de ver la cerviz abofeteada
Por la cínica audacia i la violencia,

Sin asestar al rostro una patada
Del bárbaro que oprime nuestra tierra
De corderos creyéndonos majada.

.....
Pero basta de charla que la guerra
No se hace con tercetos ajustados,
Ni con poesías las traicion se aterra.

Estemos pues amigo, bien callados
Que tiempo llegará en que nuestro acento
Valor inspire a pechos esforzados.

Vida le preste al patrio sentimiento,
Vida a la gloria, vida al pueblo entero,
De glorias hoi i libertad sediento.

I volviendo a mi asunto lastimero,
Te diré que me encajan en la jaula
Si charlo mas, lo que en verdad no quiero.

Mi suerte, ya está visto, es una maula,
Mi existencia miserríma, un sarcasmo,
Que tanto mal en su interior embaula.

Así pues me ha causado grato pasmo
Que te haya merecido esos tercetos
Llenos de dulce amor i de entusiasmo.

La causa fué, que un dia en mis aprietos
Te supuse de novio engalanado
I de tu traje hablé sin mas respetos.

Pero ¿qué quieres, hijo? *tan rosado*
Te presentaste, que juzgué ironía
Ver una rosa en páramo enlutado.

Agradescóte en fin tu cortesía,
Tu amable gracia i suave galantura
Como jamas decírtelo podria;

I ofreciéndote grato mi ternura,
Los frutos de mi númen i mi prosa,
Sé para el Duende en su tenaz tristura
Amigo siempre de *color de rosa*.

EL DUENDE.

La Locura i la Razon.

FÁBULA.

Por donde quiera que mi planta llevo
Siempre me sigue cruda adversidad,
I a demandar amparo no me atrevo
Pues enemigos hallo en toda edad.

El rico solo al verme dice «fuera,
Cerrad la puerta, echadla de una vez;»
I el pobre i la mujer i hasta la fiera
Horror me muestran, asco o timidez.

Quando las calles corro revestida
Del harapo que da la compasion,
La jente toda al verme, divertida,
Loca me llaman por mayor baldon.

I sin embargo el mundo que me abruma,
Locuras hace mil i sin piedad;
I el buen sentido en su cerebro es pluma
Que lleva a donde quier la tempestad.

¿Por qué, digo, me mofa la inclemencia?
¿Es un delito acaso la viudez,
La horfandad, el dolor i la indijencia?
¿Es un crimen, en fin, la insensatez?

Al decir esto *la Locura* llora
I se retuerce en su feroz dolor,
Después sonrie, su penar devora,
I vuelve luego, pobre! a su furor.

La carcajada convulsiva suelta,
Sus miembros todos hace rechinar,
I jirando anhelante en cada vuelta
Ruje violenta como ruje el mar.

En este trance compasivo acento
Parece que escuchará la infeliz,
I luego que quisiera en su tormento
El corazon sacarse de raiz.

No latus mas ¡oh corazon menguado!
Repite, nó, nó latus corazon,
Que tu dolor acerbo ha transtornado
Esto que llama el mundo *la Razon*.

¡Qué! ¿No te bastan, dime, todavía
Los martires que has hecho en toda edad?
¿No recuerdas del jenio la agonía
I el tormento del mundo sin piedad?

No lo recuerdas, ai! por lo que veo
En todas partes, loco corazon,
Tú le diste tormento a Galileo
I verguenzas i oprobios a Colon.

Tú a Gilbert lo llevaste poco a poco
A morir en un mísero hospital,
I a que dijera el mundo: este un loco
Bien digno de su muerte i de su mal;

I, en fin, si para tí siempre es motivo
El *Jenio i Sentimiento* de sufrir,
Si a mas de un héroe has hecho quemar vivo,
I a mas de una virtud haces morir;

No inspires a los hombres mas locuras,
Deja quieta a la pobre humanidad
Que se divierta, goze, i las torturas
Resévalas, por Dios! para otra edad.

Al oír *la Razon*, este alegato,
Con tanta pena dicho i tanta unción,
Dijo triste: he pasado mui mal rato,
Pues tiene *la Locura* la razon.

Diciendo así, marchóse callandito
Exhalando un suspiro de dolor;
En tanto *la Locura* daba un grito
I volvía otra vez a su furor.

MANUEL BLANCO GUARTIN.

Crónica de la Semana.

SUMARIO.—Crepúsculo matinal de la libertad de la prensa.—Noche sombría de las otras libertades.—El Senado dió la última puntada.—Convicción barata de un prócer.—Elocuencia terrible del Ministro.—El Consejo de Estado sancionó la lei de responsabilidad civil.—Felicitaciones amistosas.—Recepciones diplomáticas.—Castigo merecido.—Conflicto que no es de sacristanes.—El Arzobispo sin renta i los logreros con mas.—Invasión araucana.—Los indios de allá mejores para nosotros que los de acá.—Día de todo Santo.—Escursion por el cementerio.—Proyecto de reforma de la Constitución por D. Melchor de Santiago Concha.—La Universidad dá las gracias a su modo.—Justicia literaria.—El canonigo D. Bruno Zavala.—D. Juan Bello.—El Dr. Aguirre i la legacion de Washington.

¿Creeréis, lectores, que al tomar la pluma en este dia, casi no hallo cosa alguna digna de vosotros? ¡I diran que la libertad nó es a veces la mas

dura cadena que puede tener el hombre! No vayais a pensar, al oírme hablar así que estamos libres, nó, pues, os llevaríais un chasco tan perjudicial como doloroso; esponiéndoos no solo a ser vendidos por el propio contento, sino lo que es peor, a pasar por la vergüenza de recoger las velas del entusiasmo, i a quedaros al fin navegando desmantelados a la merced de las olas.

Que no estamos libres, eso ya lo sabeis, pues hartas pruebas cotidianas recibimos, de que para nuestro pobre pueblo nó se ha hecho ese contento, ese bien supremo que enaltece al individuo i lo escita, como sucede en los Estados de la América Inglesa, a acometer todo jénero de nobles empresas i a titularse en último resultado el primer pueblo de la tierra. Apesar de que sabemos, pues, que estamos con la cadena en la cintura, nó ha faltado persona que al ver clarear el crepúsculo de noviembre, se haya creído en Nueva-York o Washington; lo que prueba que hasta nosotros, que por carácter somos paciendudos i sufridos, deseamos tener un dia sin sombras, una mañana siquiera en que poder gritar: ya somos libres!

Sin embargo la piltrafa de libertad que nos ha dejado el Ejecutivo, nó es despreciable, pues así al ménos podremos contarnos lo que nos duele, i ver correr nuestras lágrimas sin ponernos una mano en los ojos como ha sucedido en tanto tiempo.

Tenemos, pues, libertad de la prensa, lo que nó deja de ser un bien para los que escriben; pero que nó es ni bien ni mal para los que viven sin tener el consuelo de contar por escrito lo que esperan o lo que padecen. En este sentido el contento principia a volvernos de la misma manera que el apetito a uno que ha consumido las fuerzas de su estómago a merced de una dieta rigorosa. ¡Oh la dieta ha sido larga! i el médico nos ha tratado por el método antiflojístico, i con una severidad que honrará siempre su talento! Pero ya se vé ¿cómo nó ser parcimonioso, cuando si de algo nos hemos quejado hasta aquí, ha sido de indigestiones?

Sí, señor, de indigestiones, propiamente hablando, pues desde 1851 nó hemos hecho otra cosa que atracarnos de *extraordinarias* i *estados de sitio*, etc., como podia haberlo hecho el primer polifago del mundo.

Por esto, sin duda, creyó justo el Ejecutivo soplarnos la píldora de *la responsabilidad* i las Cámaras, enteramente conformes a este sistema, nó la han administrado tan bien hechita, i el pueblo la ha tragado al fin como un remedio heroico para los atracones. ¡Oh qué pulso el de nuestro facultativo! ¡Oh qué tino el de sus boticarios! ¡Oh qué gáznate el de todos nosotros!

Cuando sobre esto se medita i se estiende la vista sobre el cuadro que representamos, el gozo que se experimenta nó puede ser ni mas sincero ni mas grande. Cámaras dóciles al favor, leyes atroces cuya existencia se debè á la servilidad i á la bajeza: un pueblo enteramente aplastado por el peso de su misma desventura: los mas nobles hijos de Chile comiendo en el extranjero el pan de la miseria: nuestros campos talados por el vandalaje, sembrados aun antes de haber recibido las rubias espigas con los huesos calcinados de nuestros hermanos: nuestras rentas empleadas casi en su totalidad para pagar las bayonetas i el adulo: nuestro crédito, ayer grandioso, hoy menoscabado por

la conducta tortuosa i abusiva de nuestros mandata- rios: nuestro orgullo nacional, ayer altivo con las glorias adquiridas en los campos de batalla, hoi escarnecido i jimiendo a los piés de la chican- na: los empleos todos en manos de los hombres ménos capaces i patriotas: la virtud, el talento, la gloria hoi fujitivas del suelo de la patria, hoi obli- gadas a refugiarse en su mismo dolor: la Repúbli- ca entera combatida por la inseguridad i la des- confianza: el pueblo, en fin, desmoralizándose cada dia mas, aprendiendo a gustar desde temprano la hiel de la servidumbre i preparando para el por- venir los frutos podridos de la corrupcion i la mentira.

En medio de estas sombras ¿dónde están las fi- guras que dominan el cuadro? En medio de esta negra i horrible perspectiva ¿cuál es la luz que se divisa en el horizonte? ¿Cuál la voz de consuelo, cual el acento de esperanza que debemos invocar cuando el llanto se agolpe a nuestros ojos i que- me la mejilla ya tan azotada por la mano del des- potismo?

Sin embargo tenemos *extraordinarias*, tenemos *responsabilidad civil*; tenemos centralizacion de poderes en manos de un solo hombre; tenemos le- jisladores que hacen leyes que rechaza el buen senti- do; tenemos altos funcionarios ocupados esclusiva- mente en servir de instrumentos a la ambicion; mi- nistros flexibles para ceder a la voz imperiosa del que los gobierna: favoritismo, en fin, en la ancha esfera del poder, i lágrimas, dolor, rabia i ver- güenza en todos los escalones de la sociedad, en todos los corazones que no son bastante indignos para regocijarse de los males de la patria.

Una noche sombría envuelve, pues, nuestras li- bertades i sofoca con su aliento de plomo todo lati- do jeneroso, toda santa esperanza, todo arranque que acredite la elevacion i la pureza del alma.

Al lado de esto ¿qué es pues este crepúsculo de independendencia para el pensamiento escrito? ¿Qué significa el llanto, cuando nadie lo enjuga, qué quie- re decir la queja, cuando nadie nos compadece?

Pero dejemos este tono altisonante, esta entona- cion que ni cuadra en una crónica, ni ménos se aviene con el que está de continuo poseido de la risa de Rabelais, de la risa que sin penetrar el cu- tis, solo lo desflora i hace que escueza un tanto i coma a favor de un no mui amostazado sinapismo.

Pues, señor, riamos, i riamos lo primero de la alta cámara, que a ella se le deben los honores, aunque sean los de la burla.

Como ya sabeis o debeis saberlo, el Senado dió el lunes la última puntada a la calzeta de la *responsabilidad civil*, quedando en consecuencia remachado el clavo de la torpeza por aquellos venerables padres conscriptos que fueron los pri- meros que lo golpearon.

Lo mas curioso que hubo en esa sesion en don- de se esperaba algun discurso luminoso, i de la que esperaba yo todo, ménos discursos ni nada que se le parezca, fué que el señor Senador Perez con un aplomo que le honra sobremanera, i ates- tigua lo acostumbrado que está a la tarea de la meditacion, espuso las dificultades que a su juicio le ocasionaba este caso: si un motin estalla, dijo Su Señoría, en San Felipe i por esta razon las tro- pas del gobierno tienen que abandonar a Santia- go; i al mismo tiempo una pandilla de salteadores

incendiaran las casas, etc., etc., ¿serán responsa- bles, pregunto yo, de estos perjuicios los amoti- nados, los cabezas de este movimiento? Por su- puesto; éste tan abstracto problema no podria ménos que haber puesto en apuros al mas diestro argumentista; así fué que el señor Ministro lo re- solvió con esto: si las tropas del gobierno, para acallar la revuelta, tuviesen que cometer incen- dios, etc., etc., siempre serán responsables los amotinados, pues ellos fueron la causa de estos perjuicios. Oyendo esto el señor Perez, dijo: me convenzo, señor, completamente: el señor Minis- tro me ha convencido hasta no poder mas. Ahora bien ¿qué decis de las convencederas del señor Senador? ¿Las habeis visto iguales? ¿I adónde me dejais las razones del señor Ministro? Oh! la fuer- za del poder es magnética sobre ciertos hombres! Pero tambien a nadie se le ocurre salir con esos siete pares de perendengues con que salió el se- ñor Perez, ni con ese racimo de sofismas con que los peloteó el señor Ministro. La Cámara por de contado quedó tan satisfecha con esta conviccion, que no hubo prócer que no tosiere i medio se le- vantase de su sillón, para dejarse caer despues en un aplomo soberbio i como diciendo: aquí todos estamos convencidos: venga el que quiera que aquí lo convenceremos.

El Consejo de Estado despues de esto i siendo compuesto de los mismos que hicieron el proyec- to ¿cómo pues no debia prestarle su aprobacion? Imposible; así es que los consejeros lo sanciona- ron el miércoles, quedando desde ese momento hecho lei de la República el absurdo legal, el ma- monstruoso arbitrio que haya jamás tomado go- bierno alguno para sostenerse en sus últimos mo- mentos.

Se nos cuenta que no ha quedado ministerial que no haya ido al dia siguiente a felicitar a S. E. por el éxito de la lei.

Pobrecitos! ¿Si habrán pensado alguna vez en la suerte del inventor de la guillotina, Mr. Guillot- tin, que fué el primero que estrenó su invento? Pero para qué es pensar en el porvenir, cuando la breba está en la mano i puede de susto caérsenos al suelo. En este concepto nada hai mas natural que las felicitaciones que ha recibido el Presidente de la República i nada mas natural tampoco el contento de los palaciegos. Así no seria de extra- ñar que a algunos de ellos le haya acontecido lo que sucedió a un tal gobiernista mui exaltado, que estando, el dia que sancionó el Consejo de Estado la lei dicha, jugando a la malilla con unos cuantos amigos de confianza, echó solo de oros teniendo una runfla de bastos i dijo despues: nó, señor, mi solo es de bastos, pues el gusto me ha cambiado los *palos*. Al pensar en esto, ocú- rresenos la duda de si alguna vez estando debajo los que ahora están encima, dirian esto: nó, señor, el miedo nos hizo cambiar los palos de la respon- sabilidad civil i los que les ajusten con la mis- ma varilla tengan en cuenta esta razon para no apretarlos i se convenzan tan pronto como se convenció el señor Perez.

Al hablar de recepciones i felicitaciones amisto- sas, se me olvidaba decir que en estos dias tam- bien ha dado audiencia el Presidente de la Repúbli- ca a dos ajentes diplomáticos, cambiando, como es

de *ene*, con ellos los testimonios mas sinceros de aprecio, etc., etc., i las manifestaciones mas expresivas de buena armonía i contento. Uno de los agentes es de la Nueva-Granada i el otro del Ecuador, potencias que como sabeis no están ahora para gracias. Sin embargo, S. E. les dijo que estaba mui contento al saber que les iba tan bien i ellos respondieron que lo mismo les acontecia a ellos i a sus gobiernos respecto de Chile; lo que prueba que los gobiernos se saludan en los protocolos i por la boca de sus representantes de la misma manera que aquel doctor de quien cuentan que saludaba a sus enfermos, diciéndoles: me alegro infinito de saber que estáis tan malos i de poder anunciaros que no habeis de durar mucho.

Ahora que hablamos de la Nueva-Granada i el Ecuador ¿qué me decis de Costa-Rica, del ex-Presidente Mora, de Walker, etc.? Ah! qué castigo para la ambición desenfrenada! Ah! qué castigo para el vandalaje i la rapiña! Pero de todos modos qué crímenes cometidos en nombre i en desagravio de la justicia, que de sangre vertida para escarmentar los delitos de lesa patria i el deseo de engrandecer la tierra en donde uno ha visto la luz, a espensas del bien ajeno!

Felices en esa parte nosotros que hasta ahora no hemos querido vengarnos de esa manera de los que nos han tiranizado a mansalva i eso que el número de ellos no ha sido escaso i que la calidad de algunos es mui inferior al del ex-Presidente Mora que acaba de pagar en el patíbulo el delito tan comun en América de querer perpetuarse en el mando.

Una cuestión o mejor un nuevo conflicto tiene lugar en este momento entre la autoridad civil i la eclesiástica. Es el caso que los Ministros del Tesoro han respondido al Vicario de esta diócesis, encargado para cobrar el sueldo del señor Arzobispo Valdivieso, que no tienen obligación de pagar el dicho sueldo, por haber traspasado Su Ilustrísima el término concedido por el gobierno para su viaje. Como veis, nuestro venerable prelado está a pique de quedarse sin renta, i eso que bien la necesita, habiendo sacrificado la mayor parte de su fortuna en el socorro de los pobres i en la protección de obras piadosas.

Contándonos un amigo este suceso en una tertulia, no faltó quien dijese que el gobierno no quiere seguir el antiguo axioma: *la Iglesia por delante* i lo que es mas permitir que el Arzobispo, despues de lo acontecido, tenga siquiera con que costear su viaje sin poner a prueba el cariño i la amistad de sus amigos. Cuando vemos sucesos de esta clase, cuando se presenta a nuestra vista, ya harta de presenciar las miserias que producen los resentimientos políticos i la estrechez del corazón, ejemplos de esta naturaleza, no se puede ménos que convenir en que no hai cosa que no esté trocada, ni papel que no se haya invertido, ni sentimiento que no se haya burlado, ni porquería, en fin, que no se cometa para ser consecuente al principio maligno que precede a todos los actos gubernativos.

Pero a bien seguro que si el Arzobispo hubiese sido uno de los amigos dóciles del Presidente, uno de aquellos prelados que, faltos de fuerzas para dejarse arrebatar las regalías de la Iglesia, quie-

ren conquistar con una servil obediencia la voluntad de las autoridades, le hubiera acontecido un chasco semejante i tuviese que soportar, hoi en medio de las penas con que desde largo tiempo lo abrumba la malevolencia, este nuevo pesar, esta nueva ruindad de que siquiera por consideracion a la elevacion de su carácter i a sus virtudes debería haberle ahorrado una injusta i desacordada malquerencia.

La cuestión ya lo veis no es de sacristanes, como bien puede decirlo mañana en otro panfleto el autor del *Gobierno i la revolucion* i como lo pueden propalar, los que apesar de beatos i tartufos, se han desprendido hasta de sus creencias para conquistar una sola sonrisa del gobierno.

Entretanto, mil logreros gozan de pingües rentas: para otros se crean nuevos empleos, para otros mas no hai licencias con término, i para otros, i para otros, se buscan i se inventan ardidés injeniosos con que llenar ampliamente su nunca saciada garganta.

Al paso de este conflicto ya iniciado entre la autoridad civil i la eclesiástica, otro nuevo, segun dice el órgano del gobierno, ha venido a perturbar la tranquilidad que gozamos. Ya podreis figuraros que trato de la invasion Araucana, compuesta segun los cálculos del *Ferrocarril*, de dos a tres mil indios. I bien ¿qué decis de esta *bola*, lectores míos? ¿Qué me decis pregunto yo, de este *canard* lanzado por el gobierno para sus fines consiguientes?

Mas lo cierto es que *si non e vero e ben trovatto*, pues así se podrán justificar algunas otras medidas de rigor o precaucion, i hacer que se convenzan los asustadizos que no podemos vivir ya sin palos, sin persecuciones, ni mas ni ménos que *los quebrados* dan un paso sin *bragüero*. Pero eso de tres mil indios! Zape! Moscas que hubiesen sido en ese número, habrian hecho una sensacion terrible. I no que nó! Pues estamos para bromas i para andar en fiestas con los descendientes de Lautaro!

Conversando sobre el sitio de los Angeles, decíame anoche una señora: pues me creará Ud.? yo prefiero a los indios esos, a los indios de chiripá, que a todos los indios que se hallan encaramados en los empleos.—De veras, mi señora?—Pues, si señor, de veras, i mui deveras, por que sé que apesar del mal que nos harian, jamás seria tan grande como el que nos han hecho estos otros.—Oh! nó, eso es exajerado, señora, etc., etc., etc., etc. Diciendo así corté la conversacion; pero quedóme escociendo la ocurrencia, i pensando en que tal vez en el dicho de la citada señora hai mas verdad que lo que parece.

Abrumada mi cabeza por el peso de la tristeza que me han causado algunos de los acontecimientos que acabo de narraros, creí lo mas oportuno en el caso ir hacer una visita a las difuntos en el dia de su cumple-años para beber, si posible fuese, en la tranquilidad de sus sepulcros, la paz que desde tanto tiempo se halla retirada de nuestra alma. Fúime pues, en un coche de alquiler a visitar aquella ciudad i halléme, como no lo esperaba, con seiscientas personas lo ménos, que tal vez, guiadas por el mismo impulso que a mí me arrastraba, habian ido allí a buscar en el dolor el alivio a

sus penas. En efecto, a la curiosidad impertinente de rebuscar inscripciones, a la crueldad de reir de los títulos laudatorios que el amor o la vanidad ha puesto en el mármol de los sepulcros, había sucedido en ese día un recojimiento religioso, una tristeza que se veían bien claros en el semblante de los muchos seres que iban allí a gustar del fúnebre placer de dejar una lágrima prendida entre las hojas de los sauces que cubren las tumbas. Sin embargo, entre las sepulturas busqué la *de la República* para depositar sobre ella mis sollozos, busqué la *del derecho* para arrodillarme delante de su temprana muerte, la de mis amigos inmolados en su defensa, la de los mártires que han exhalado el último suspiro por el pueblo; i, como fácilmente lo comprenderéis no pude dar con ellas, pues casi todos han desaparecido en los campos de batalla para ser devorados por los buitres o entre el hielo i la agnía de las proscripciones, inventadas para castigar la elevación del espíritu i la magnanimidad i nobleza de los sentimientos.

Una vez visitados los seres que mas amamos en la tierra, una vez desahogado el llanto que inundaba nuestro pecho, salímonos de aquel querido i fúnebre recinto, de aquel lugar único que no es torturado por el despotismo ni amedrentado por la mano de hierro de los que todo lo pueden. ¡Pero cuánto dolor al decir adios a aquella triste quietud, a aquel descanso eterno para volver despues al mundo de las malas pasiones i cambiar las sombras veneradas de nuestros deudos por las repugnantes imágenes de los hombres que nos avasallan i mortifican! *El panteon* si tiene sus misterios, si abriga un enigma terrible para los que van a pedir una respuesta al polvo sagrado de sus padres, tiene tambien sus deleites i mucho mas cuando el alma se halla combatida por el dolor i el desengaño, i ve que los vivos no pueden responderle sino con suspiros. Pensando así, encaminéme a la vuelta de mi escursión mortuoria sin saber cómo ni por qué hacía la sala de las sesiones del Congreso. Pero ya se ve, la analogía del pensamiento llevóme sin duda a aquel recinto: i penetrando en él i contemplando allí los sillones de terciopelo en que se mecen los autores de la *responsabilidad civil, de las facultades extraordinarias, etc., etc., etc.*, no pude ménos que exclamar: aquí está la tumba del poder legislativo! Aquí tambien está la sepultura de nuestros legisladores! Por supuesto sobre cada silla, si hubiese podido, habria puesto yo un epitafio, pero epitafio no tan consolador ni tan lisonjero como los que acababa de leer en el mundo de los muertos. Nó: las inscripciones que se me hubiesen ocurrido habrian sido buenas i en verso i en el mismo metro tal vez en que pinté *la sesion secreta del senado del Congo* para dejar eterna memoria de aquellos Solones.

Al dolor del panteon habia sucedido en mi alma la ira, a los sentimientos de amor i de ternura, a la tristeza i el respeto la burla, la ironía, ese amargo sarcasmo que desborda del corazon enfermo i cargado de amargura i con el que se mata a la estupidez i la miseria.

¿I cómo no sentir, i cómo no rabiarse, i cómo no reir de los que sin respeto a su posición social, ni a la conciencia del pueblo han prestado sus nombres para santificar ese monumento de injusticia i torpeza?

Pero no nos alarguemos en digresiones ni en considerandos i preguntemos de una vez cuándo se cierra el Congreso. Sí, cuanto mas pronto sea, será mejor, pues ¿para qué ha de estar abierto cuando solo se abre para el Ejecutivo i se cierra como un choro para el bien del país? Sí, señor, que se cierre de una vez i ojalá que fuese para siempre, es decir mientras que el pandero esté en las mismas manos o en otros términos, hasta que llegue el día en que los bancos de la legislatura solo sean ocupados por el talento i el patriotismo.

En uno de estos días se ha publicado por esta imprenta un cuaderno titulado *Proyecto de reforma de la Constitucion de 33*, escrito por el Diputado por Melipilla el señor don Melchor de Santiago Concha.

La obra, como ya veis, no puede presentar mejor garantía de acierto que el nombre del autor. Meditada profundamente a la luz de una sana filosofía, sin otro móvil en el corazon que el de servir a la patria, ni otra expectativa de recompensa que el voto sincero de los hombres de bien, mal podria el ilustrado i digno autor de ella haber dejado sin cumplir tan benemérito propósito. Leyéndola, como lo hemos hecho, se conoce, aun no siendo jurisconsulto de profesion, que el señor Concha ha sido inspirado esta vez de una manera que honraria a cualquiera que ocupase como él una posición notable.

Sin exajeración, sin encono, sin aquel espíritu que raras veces puede disimular el talento, cuando el alma se encuentra subyugada sistemáticamente por la influencia de partido, pinta los abusos que una autoridad, excesivamente concentrada en poder de un solo hombre, puede cometer contra el pueblo. Las observaciones que hace no se basan solo en conjeturas, en ideas metafísicas impracticables, sino en la práctica de las Constituciones, que pueblos mas bien rejidos han sabido darse para dar vida a sus derechos. Escrito el proyecto de que hablamos en un estilo claro i comprensible, aun para los hombres ménos avezados al raciocinio, esperamos que no solo los abogados i los hombres de letras sean los únicos que se ocupen en su lectura, sino todos aquellos que se interesen por la cosa pública, que deseen saber la causa de los males que nos aflijen i sondear la situación política en que se anegan todas nuestras libertades.

El señor Concha, sin esta nueva prueba de patriotismo, tiene ya dadas suficientes para que su nombre no muera en el corazon de los que aman a Chile, para que se le recuerde siempre con gratitud, con respeto; oblaciones que estamos seguros deben satisfacer mas su caballeroso corazon que cuantos honores pudieran tributarle los que los dispensan hoy solo a sus secuaces i adula-dores.

Entre las anomalías que se ven en todos los órdenes de la sociedad, entre las mil ridiculeces con que a cada paso tropezamos, no nos ha dejado de sorprender lo acaecido en la Universidad con motivo de la gramática castellana escrita por el presbítero señor Saavedra para la enseñanza de los Colejios.

Lo curioso que hemos visto i que hai en el caso, es que despues de haber fallado la facultad que la obra de dicho señor no debe ser ni aceptada, ni

encarecida, ni apreciada, ni recomendada, ni estimada, ni nada que sea acabado en *ido* ni en *ado*, se dispuso sin embargo que se le diese las gracias por su trabajo, es decir, para alentarle a seguir haciendo cosas tan malas, que no pueden tener fin ni objeto. El caso es curioso ¿no es cierto? Si la gramática del señor Saavedra es como cree la Universidad, i no creemos nosotros, que tambien tenemos voto aunque no hemos tenido hasta hoi la vergüenza de ser doctores, mala i malísima ¿para qué dispone que se le den las gracias? ¿O ha creído sin duda con eso dar el *pésame* al desengañado autor del libro? Si es así, la conducta de puro cortés es cruel en demasia i debería responderse como lo hicimos nosotros cuando en una sociedad de literatos se nos propuso por miembro i se nos negó, sin haberlo pretendido, el honor de serlo. La contestacion pues que dimos fué que agradecidos como el que mas a tanta bondad, obraríamos en consecuencia, es decir, echando a paseo a los jenerosos miembros de aquel Sanedrin, i guardándonos hacerlos pedazos de palabra i por escrito por su grosera osadía.

— Sí, señor, esto era lo que debía haber hecho el señor Saavedra i no andarse con paños calientes despues de haber sufrido el rejon hasta el cabo. I decimos esto porque la tal Universidad lo merece i nos jugó una que se la tenemos apuntada en libro verde. Para que veais si tenemos razon, oidme. No bien se publicó el primer número del *Mosaico* solicitamos de la dicha, la misma suscripcion que concedia a la *Semana*; i el resultado de nuestras jestionés fué que dijese el rector que esperaba ver la marcha del periódico, es decir, satisfacerse si la nueva redaccion era tan capaz como lo eran los de aquel. Fiados en esta cooperacion, escribimos lo mejor que podíamos, hasta que al fin la Universidad no dijo ni chus ni mas, devolviendo, eso sí, los números recibidos.

— ¿I por qué haria esto la señora Universidad? ¿Seria acaso por que el Presidente es el patrono de ella? ¿O por que para ser doctor es necesario no leer nada de lo que se dice en contra del gobierno? Pero sea lo que fuere, la mezquindad es cierta, la pequeñez inuegable, el fastidio mui justo, i mui racional este tiro.

Ya debeis haber deplorado como nosotros, la muerte del canónigo don Bruno Zavala. Sacerdote ejemplar por su conducta, i digno de todo aprecio por sus talentos, despues de haber consagrado sus vijilias a la enseñanza i al ejercicio de su ministerio, tuvo la desgracia, como tantos otros buenos ciudadanos, de ser perseguido por el gobierno. Fuera de su Iglesia, arrastrando una vida triste i pobre, sus últimos momentos fueron amargos; i eso que, según se nos dice, habia sido amigo del Jefe del Estado.

Pero cuando se trata de castigar la pureza del alma que no se posee, es fuerza ser inflexible, es necesario atropellar todo recuerdo, anonadar en el alma aquella voz que siempre exhala el pasado para las almas sensibles, i que viene como abogar por el ser que en otro tiempo hemos amado. No obstante los últimos suspiros del benemérito canónigo de quien tratamos, fueron respondidos por todos los corazones bien puestos, i su memoria será siempre grata i respetable, cuando se acuerde que a la larga lista de los héroes de la buena

causa se ha añadido tambien el martirio de los justos.

Al hablar de este triste acontecimiento, nuestro corazon nos empuja a lamentar el temprano fallecimiento de nuestro compatriota don Juan Bello, avecindado en Washington donde se hallaba desempeñando un cargo diplomático.

Condiscípulo nuestro i amigo, cualquier juicio sobre sus talentos, pareceria hijo del cariño si no fuera ya bastante conocido el mérito de nuestro malogrado compañero. Orador i escritor aventajado; su palabra i su pluma fueron siempre dirigidas por una causa noble: su talento siempre estuvo al servicio de todo principio jeneroso. Así no es raro el sentimiento que ha producido su muerte en toda la sociedad, en la que era con razon mui estimado, i el profundo dolor en los que, como nosotros, lloramos tantas esperanzas perdidas tan temprano, tantas buenas ideas sumerjidas para siempre en la nada por un misterio del destino.

Se corre que irá a reemplazarlo el Dr. Aguirre, miembro de la Cámara de Diputados i Gobernador de Santa Rosa, i en otro tiempo doctor de nuestros hospitales. Si es así, lo celebramos mucho: la diplomacia era lo único que le faltaba para su múltiple carrera. Lo único sí que seria de sentir es que no le fuese a pasar algun chasco con los yankees que aborrecen el color trigueño como signo de esclavitud, como ha sucedido ya con otros no tan morenos como nuestro Gobernador. Esto no aboga en verdad por los hijos de aquella república; pero tambien ¿a quién no le fastidia ese color que ha llegado a ser odioso a fuerza de verlo siempre en el candelero? Lo que es por nosotros no aceptaríamos esa mision, pues ya se sabe que los americanos odian a los negros i nosotros gustamos, apesar de esto, de no ser tenidos por esclavos, como le sucederá al señor Aguirre en caso de que acepte ese negociado.

— Si a esto sin embargo se nos dijese aquel verso de una de nuestras tonadas

El ser negro no es afrenta,
Ni es color que quita fama:
Un zapato negro luce
En el pié de cualquier dama

como para no sentir la pena de ser agraciado con esa sombra que hoi está de moda, nada se nos diria, pues no querriamos absolutamente ser zapato de nadie i mucho ménos de quien nos zapatea con tanto gusto.

Aquí para esta crónica, lectores, pero, como lo sabeis, no paran ni vuestros dolores ni los míos.

EL DUENDE.

Advertencia.

— Suplicamos a nuestros suscritores tengan la bondad de avisarnos si no reciben con exactitud el periódico, pues publicándose los sábados en la tarde, deben recibirlo a mas tardar el domingo por la mañana.